

Razones y pasiones militantes
La lealtad hacia los desconocidos
Daniel Bensaid

[Este texto fue la contribución de Daniel Bensaid a un número especial de la revista Lignes publicado en 1997 con el título: “Les intellectuels. Tentative de définition par eux-mêmes” (Los intelectuales. Tentativa de definición por ellos mismos). Ha sido reproducido en la edición de mayo de 2010 de la misma revista, dedicada a la memoria de Daniel. Pese a su brevedad, el texto contiene muchas de las ideas fundamentales que desarrollaría posteriormente y puede leerse como un autorretrato que reaviva, si fuera necesario, la memoria de su autor. Por eso lo publicamos, en el primer aniversario de su muerte, que tuvo lugar el 13 de enero del año pasado. Daniel dedicó su artículo a Dionys Mascolo, un intelectual y militante fallecido en agosto de 1997, al apreciaba especialmente. M.R.]

El disidente polaco Karol Modzelewski, preguntado por la razón de su compromiso irreductible, respondió simplemente: “*Por lealtad hacia los desconocidos*”. El compromiso se basa tanto en la adhesión a grandes ideas, como en esas fidelidades moleculares, esas mínimas relaciones de memoria y acción.

El pasado 11 de julio [1977], Roberto MacLean fue asesinado a las 19 horas a la entrada de su casa, en Barranquilla, por dos sicarios paramilitares. La noticia no ha merecido ni una línea en los periódicos. Normal. Barranquilla está en la Costa Atlántica de Colombia. En ese país, los asesinatos se cuentan cada año por centenas, a veces por miles.

¿Hemos cambiado de tema? No, estamos en lo más vital del tema.

En primer lugar, porque quiero saludar la memoria de Roberto MacLean, con el que compartí mesa y mantel en México. Era un activista del Movimiento Cívico de Barranquilla. Era negro y revolucionario. Asumía esta doble pertenencia que para él eran sólo una. Tenía 39 años. Militaba desde los 14. Desde hace una docena de años, vivía cotidianamente la crónica de su muerte anunciada. MacLean es la representación de esos desconocidos a los que estamos ligados por una deuda imperecedera.

Se dice “comprometerse”.

La forma reflexiva evoca la decisión madurada de un sujeto soberano. Bajo una apariencia modesta, hay en ella algo de orgullo, como si el que manifiesta su compromiso hiciera honor a su causa. Como si aceptara entregar su propia persona. Encontramos a veces a “ex-combatientes” reciclados a la razón de Estado o replegados a su nicho particular, que se asombran, con un punto de compasión: “*Así que aún sigues militando? Qué pena que no hayas hecho eso o eso otro...*”.

Nunca he tenido ninguna afición, ni ninguna disposición por el juego de las carreras y de las apariencias, ni he considerado la acción política como un áscesis o un pesado sacrificio. Por el contrario, he vivido en ella experiencias intensas, me he encontrado con desconocidos indispensables –centenares de MacLean, precisamente-, he gozado de alegrías extraordinarias, he conocido fulgores de amistad y de acción necesarios para el rejuvenecimiento del corazón y del alma.

Se dice también “un intelectual comprometido”.

En la medida en que se trabaja con ideas y palabras, puede aceptarse “intelectual” aunque Gramsci haya señalado que, si se puede admitir en la división del trabajo la

existencia de una categoría social definida como “intelectual”, no existe por el contrario la categoría “no intelectual”.

El orden de las palabras me molesta: primero intelectual; el compromiso parece deducirse de él. Como si la acción no fuera más que la razón aplicada. Siempre ese primado cultural del concepto que deja poco espacio a las revueltas y a las emociones, a la manera en que se toma partido en una lucha y a cómo se entra en ella.

“Comprometido intelectual”, quizás fuera mejor. Para traducir la inquietud permanente de las razones y la lógica íntima de las pasiones.

¿Comprometido intelectual?

Entonces por qué no decir simplemente: militante.

En estos tiempos de individualismo sin individualidad, la palabra tiene mala prensa. Se dirá que huele un poco a cuartel y a recluta. Pero, ¿y el compromiso? “Comprométase, reengánchese”... ¿en la legión, en la policía, en el convento?

Militar tiene al menos la ventaja de indicar el sentido de lo colectivo. Militar no es un placer solitario, sino una acción compartida. Un pequeño paso en la vía del “*comunismo de pensamiento*” (y de acción) que buscó con tenacidad Dionys Mascolo. Porque militar es, a fin de cuentas, la esencia misma de la política, un “pensamiento de actos”, la prueba práctica de las ideas en el deber (que es lo contrario de una obligación impuesta) que se asume respecto a las y los otros. “*Toda actividad política es moral, supone comprometerse con el universo de los valores morales y, a continuación, basarla en un juicio moral*”, escribía también Mascolo (¿y cómo no pensar en él cuando se trata del compromiso, cómo no releerlo después de su muerte?).

Militar implica preferentemente una forma organizada, portadora de una memoria y que pone las ideas en común. De una manera más general, se podría decir que con o sin pertenencia organizada, la actitud del militante se opone a la del perpetuo simpatizante, el compañero de viaje, que mantiene su propio coto y se guarda el recurso de jugar, si fuera necesario, con las dos manos sobre dos tableros.

Mascolo ha dedicado más de una página al “*sombrío caso del simpatizante*” –cuyo arquetipo fue ayer el “*estalinista del exterior*”- tan colmado de prejuicios, tan imbuido de su libertad, y sin embargo tan servil frecuentemente, que ha constituido uno de los “*peores subproductos del estalinismo*” y ha hecho su papel con “*la más culpable de las inocencias*”.

Sartre fue también un compañero de viaje durante un cierto tiempo (del estalinismo y después del maoísmo). Louis Aragon, por su parte, fue un miembro y, llegado el caso, un trovador del Partido. Sin embargo, el uno miembro y el otro no, ambos se han mantenido, en cierto modo, como simpatizantes. Según Mascolo, Sartre al pasar de una actitud anticomunista de principio a una camaradería acomodaticia con los estalinistas o maoístas, no cambió de error: “*En los dos casos confundió el proyecto revolucionario con el estalinismo*”. En cuanto a Aragon, su celo en apoyar todos los virajes burocráticos, sin evitar sin embargo el complejo de intelectual tráfuga de clase, hizo de él un “simpatizante del interior”.

Militar compromete un sentido de la responsabilidad hacia los desconocidos, sin eclipses ni intermitencias. Ahí estamos. No en el simple compromiso. En el compromiso revolucionario. O el compromiso comunista, ya que en el fondo, y pese a todas las infamias cometidas en su nombre, sigue siendo la palabra justa para designar al desafío de nuestra época.

En realidad, de eso se trata. No de casarse con tal causa o tal partido, sino de vivir una relación con el mundo sin reconciliación posible. El compromiso no es un despertar matinal después de una noche de rayos y truenos. Se llega a ser revolucionario por lógica del corazón y de la razón.

La deducción es simple.

Este mundo es inaceptable. Por tanto hay que intentar cambiarlo, sin ninguna garantía de conseguirlo. Esto es lo primero. Aquí no hay apañíos. Antes incluso de “comprometerse”, uno se “embarca”, como decía alguien. Muchas cosas pesan en este embarque. Para mí, fue el recuerdo de un abuelo materno, cachorro de *communard* [*combatiente de la Comuna; el abuelo luchó en la Comuna cuando tenía catorce años; Bensaid desarrolló estos recuerdos en su libro autobiográfico Une lente impatience, Stock, 2004*]. Él había conservado en el comedor un retrato de Jean-Baptiste Clément y, todos los años, en el aniversario de la “semana sangrienta” [*masacre que puso fin a la Comuna; Clément le dedicó una canción*], nos hacía ponernos de pie y cantar *Le Temps des cerises* [*canción que se ha constituido en un símbolo de la Comuna; su letra fue escrita por Clément en 1868*]. También fueron, en el mostrador del pequeño café familiar de un barrio popular de Toulouse, los relatos de antiguos brigadistas de España y de los resistentes de la MOI [*Mano de Obra Inmigrada; junto con los FTP, Francotiradores Partisanos, una de las organizaciones más combativas de la resistencia francesa anti-nazi*], el fantasma decapitado de Marcel Langer [*toulusano, brigadista en la guerra de España, después uno de los dirigentes de la MOI, guillotinado en julio de 1943*]. Y también la “estrella amarilla” [*tela con la estrella de David que los nazis obligaban a llevar prendida en la ropa a los judíos*] guardada prudentemente en el cajón, pero silenciosamente colocada sobre el mostrador ante el menor gesto racista o antisemita. Y mi madre echando la persiana metálica como protesta por la ejecución de Julián Grimau.

Siempre empezamos a partir de recomenzar.

¿Revolucionarios por una rebeldía lógica?

No hay más que tres formas de rechazar esa implicación: por mala fe, por resignación o por cinismo.

La mala fe alegará que el mundo está bien como está y, sobre todo, no hay nada que cambiar en él.

La retórica de la resignación dirá que, por supuesto, el mundo es lastimoso, pero no es posible cambiarlo, ya que la desigualdad es natural y el mercado eterno.

El refinamiento cínico admitirá que, sin duda, habría que cambiar este mundo miserable, pero añadirá que la humanidad no se merece que nos pongamos a ello.

Pero si la eternidad no existe, salvo bajo la forma religiosa del infierno, y si la especie humana es tanto un devenir como una herencia, hay que jugársela a “*esa parte no fatal del devenir que pide ‘ser alumbrada’ y que se encuentra ya inscrita o ‘querida’ en esa facultad general de ir más allá, que se diversifica en el sueño, la imaginación, el deseo, cada uno buscando, a su manera, algo que desborde los límites*” (Mascolo, una vez más).

Por tanto, un compromiso como desafío lógico sobre lo incierto. Trabajado por la duda. Mientras lo necesario y lo posible no se enlacen y nos esforcemos en vano por acordarlos.

Un desafío ordinario, recomenzado cada día.

El que hacen, con toda sencillez, miles de militantes sindicalistas, de movimientos sociales, políticos en todo el mundo.

Miles de MacLean.

Por lealtad hacia ellos, cuando nos embarcamos es por largo tiempo. Ya no se tiene el derecho a tirar la toalla, a rendirse, a la menor fatiga, al más pequeño accidente del recorrido, a la menor, y ni siquiera a la peor, decepción.

Ese compromiso militante (perdón por el pleonasma) viene de esa “*parte irreductible*” que invoca Mascolo. Y ya que aquí, precisamente en esta revista y en estas columnas, vamos a saludarlo y decirle adiós (recordando también algunas charlas sobre sueños compartidos, hace treinta años), una de las mejores formas es hacernos eco de sus propias palabras, tan dolorosa y lealmente actuales: “*Por el momento, estamos efectivamente reducidos a desarrollar una constatación de derrota y, en el mismo movimiento, a profundizar un rechazo que debe ser tan evidente no haya tenido que dar sus razones, ni siquiera en su comienzo. Más adelante, si es posible, vendrán las propuestas positivas. Pese a ciertas exigencias malintencionadas, no es necesario ser capaz de decir lo que se quiere para saber lo que no se querrá jamás y a ningún precio. Es muy simple. Tan simple que es posible, por primera vez desde hace largo tiempo, sentirse tranquilo en esa situación. No existen ahora esos temores al error que nos han paralizado durante tanto tiempo*”. (“La part irréductible”, 2/10/1958; reproducido en (1993) *À la recherche d’un communisme de pensée*, París: Fourbis).

Traducción: *Miguel Romero*

[Este texto se publicará en el nº 114 de *VIENTO SUR*]